

MEMORIAS DEL ALTIPLANO



Muchos piensan que Ollagüe comenzó con el ferrocarril o con la explotación del azufre, pero la memoria de sus habitantes apunta mucho más atrás. Antes de que existiera el pueblo, la vida se desarrollaba en El Chaco, un lugar donde el agua, las vegas y los pastizales permitían la agricultura y la crianza de animales. Desde allí partían y llegaban caravanas que recorrían el altiplano transportando productos entre Chile y Bolivia, siguiendo senderos que aún permanecen marcados en el paisaje

Con la llegada de las azufreras y del tren, la actividad comenzó a concentrarse en Ollagüe y el antiguo asentamiento fue quedando atrás. Sin embargo, quienes crecieron escuchando estas historias saben que el origen del territorio no está escrito en los edificios ni en las estaciones ferroviarias, sino en esos primeros habitantes que hicieron del altiplano un lugar de encuentro mucho antes de la llegada de la modernidad.

Este libro no busca contar la historia de Ollagüe.

Busca conservar la manera en que sus habitantes la recuerdan.

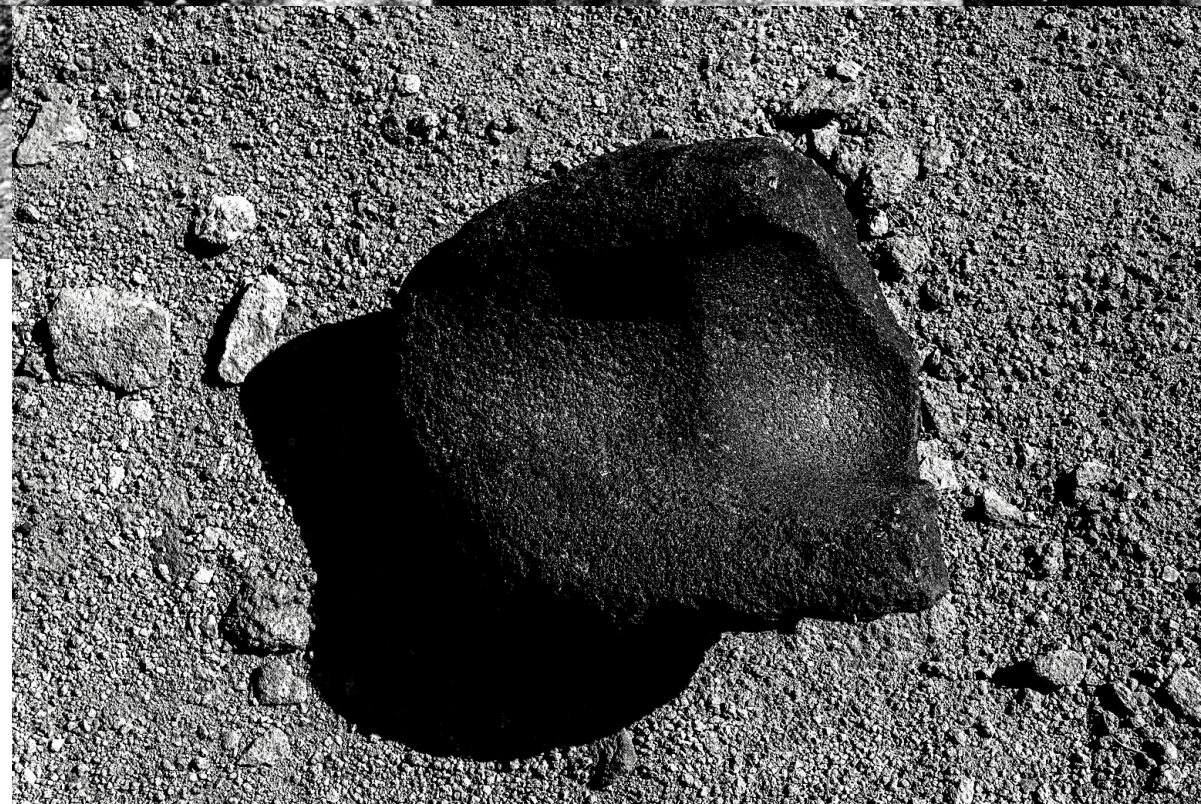






Para las familias del altiplano, la tierra nunca fue solamente un lugar donde vivir. Cada agosto se realizaban ceremonias de agradecimiento para pedir prosperidad y protección, mientras durante el carnaval se floreaban los animales y se compartían alimentos en comunidad. Eran tradiciones heredadas principalmente de los antiguos campamentos azufreros y profundamente ligadas a la cosmovisión andina.

Con los años muchas de estas prácticas dejaron de realizarse públicamente, aunque varias familias continuaron preservándolas en silencio. Hoy siguen formando parte de la identidad de Ollagüe, recordando que la relación entre las personas y el territorio siempre estuvo basada en el respeto y la reciprocidad.

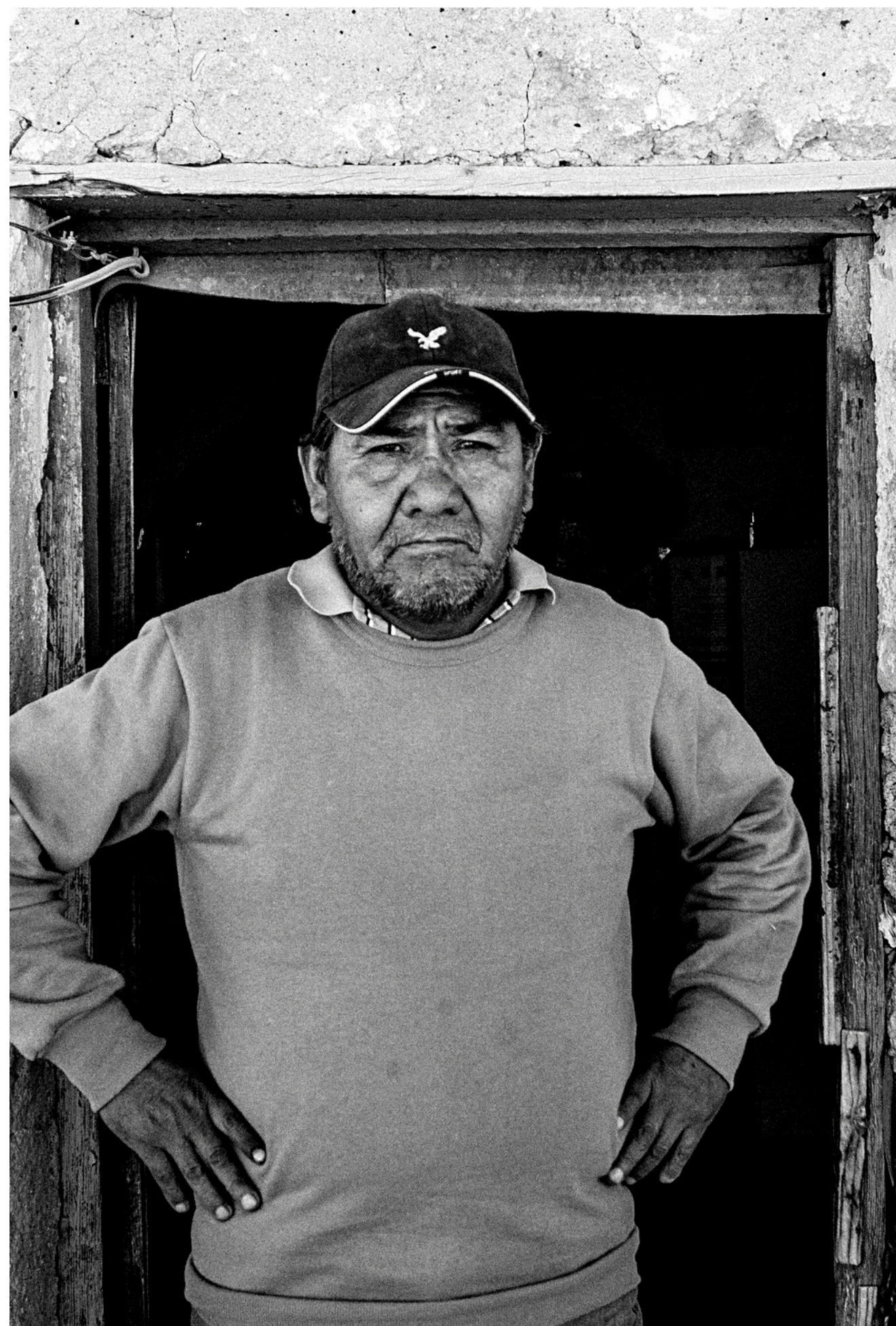






La llegada del ferrocarril transformó profundamente la vida en Ollagüe. Gracias a sus vías circulaban personas, alimentos y mercancías que conectaban el altiplano con Antofagasta, Bolivia y otros poblados de la cordillera. La antigua Empresa de Comercio Agrícola se convirtió en un punto de abastecimiento donde también se realizaban intercambios entre comunidades de ambos países.

El tren permitió que muchas familias encontraran nuevas oportunidades y consolidó a Ollagüe como un lugar de encuentro fronterizo. Aunque gran parte de esa actividad quedó en el pasado, su legado continúa presente en los recuerdos de quienes crecieron viendo pasar locomotoras cargadas de historia.



Las fiestas religiosas han acompañado la historia de Ollagüe por generaciones. La celebración de San Antonio, las veladas durante todo el año y la tradicional festividad de Kosca reúnen a familias completas que mantienen vivas costumbres transmitidas de padres a hijos. Cada imagen religiosa tiene una historia, un cuidador y una comunidad que la resguarda.



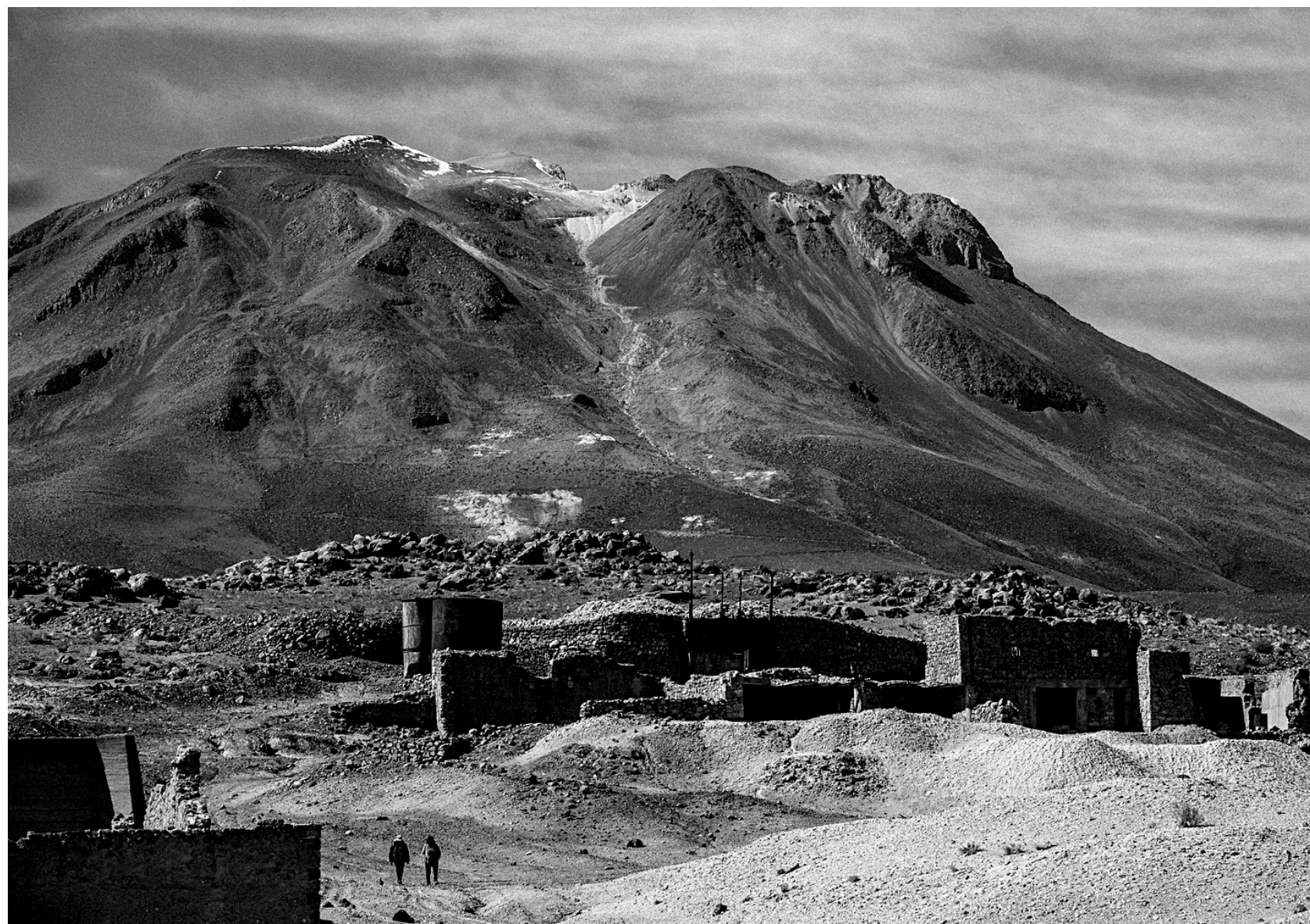
Junto a la fe también sobreviven antiguos relatos que mezclan realidad y tradición. Apariciones, personajes misteriosos y las historias del "Tío" forman parte de un imaginario que acompañó durante décadas a mineros, pastores y viajeros, convirtiéndose en parte inseparable de la memoria colectiva del territorio.





Durante décadas, los campamentos de Amincha, Buenaventura y Puquios fueron el corazón de la vida en la comuna. Allí convivían familias enteras que compartían el trabajo, la escuela, la pulpería y las celebraciones, mientras el azufre daba sustento a cientos de personas que llegaron desde distintos lugares del norte de Chile y Bolivia.

Cuando las minas cerraron, muchos campamentos quedaron abandonados y parte importante de ese patrimonio comenzó a desaparecer. Aun así, quienes vivieron aquellos años siguen recordando el sonido de las locomotoras, las largas jornadas laborales y la vida comunitaria que permitió enfrentar uno de los entornos más extremos del país.





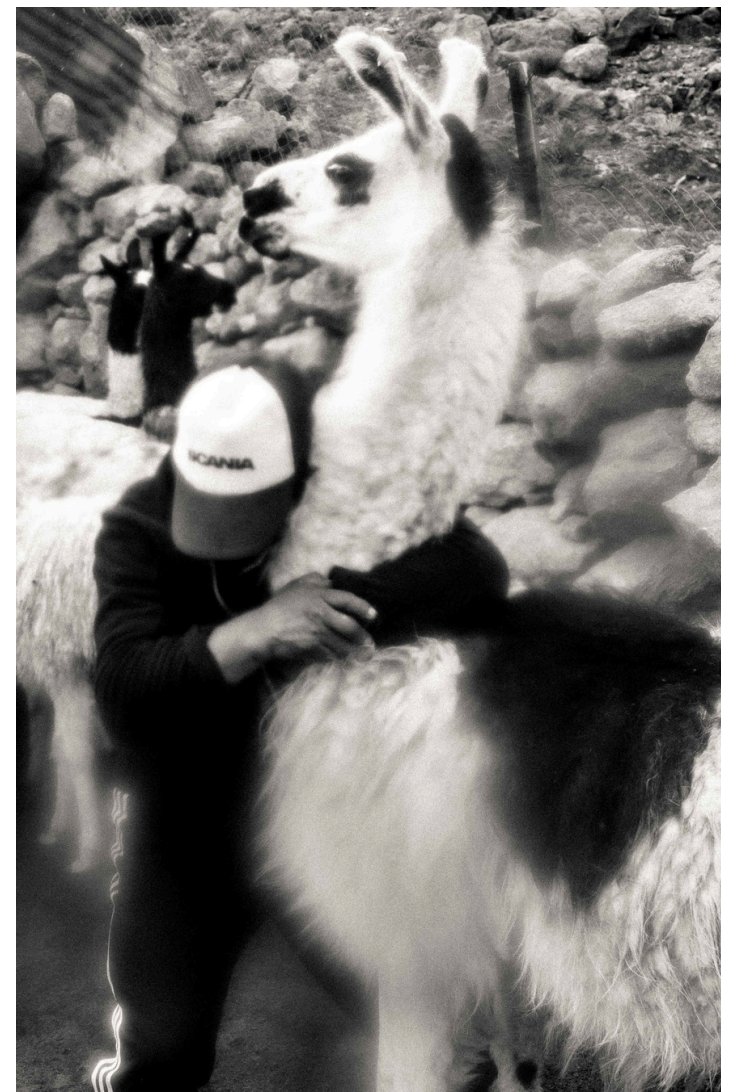
El agua, la yareta, las vegas y los volcanes no solo forman parte del paisaje; también han definido la forma en que los habitantes del altiplano aprendieron a vivir. Cada recurso natural fue aprovechado con respeto y conocimiento, permitiendo el desarrollo de la agricultura, la ganadería y la medicina tradicional en un entorno donde sobrevivir nunca ha sido sencillo.

Hoy el territorio enfrenta nuevos desafíos relacionados con el agua, la minería y la conservación ambiental. Aun así, quienes habitan Ollagüe continúan entendiendo que proteger el paisaje también significa proteger la historia y la identidad de quienes lo han habitado por generaciones.















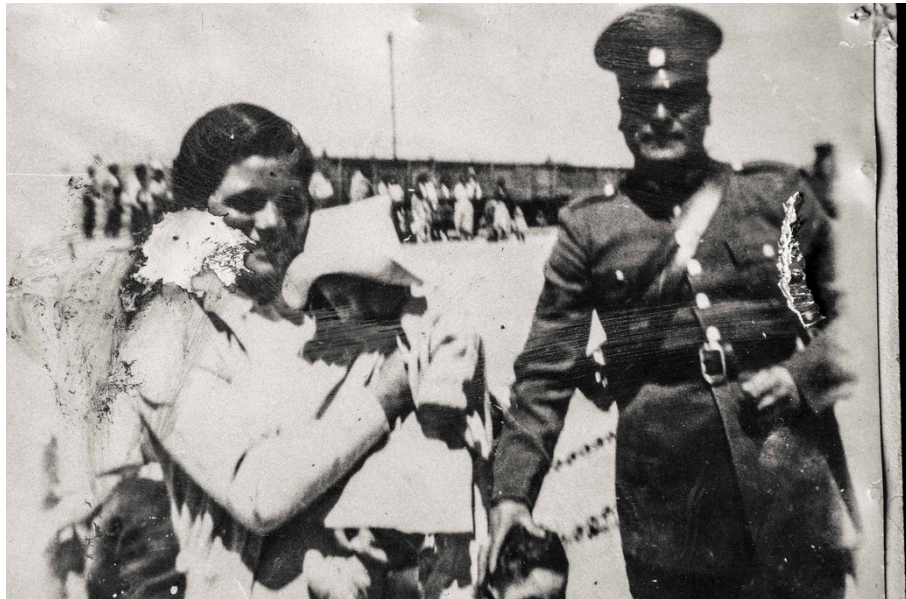
En Ollagüe, muchas historias familiares fueron escritas por mujeres que enfrentaron solas la responsabilidad de criar a sus hijos. Algunas enviudaron siendo muy jóvenes; otras debieron trabajar durante el día y continuar cosiendo o lavando ropa hasta la madrugada para asegurar el sustento del hogar. Su esfuerzo permitió que muchas familias salieran adelante en tiempos donde casi todo debía hacerse con las propias manos.

Junto al sacrificio también convivieron el dolor, la discriminación y la pérdida de seres queridos. Sin embargo, esas mismas mujeres fueron quienes mantuvieron vivas las costumbres heredadas de sus padres y transmitieron a las nuevas generaciones el respeto por la comunidad, el trabajo y la identidad del territorio.









Mucho antes de que existieran las carreteras actuales, el altiplano era recorrido por caravanas de llamas y burros que transportaban yareta, alimentos, ganado y mercaderías entre ambos lados de la cordillera. Eran rutas conocidas por generaciones de arrieros que sabían dónde encontrar agua, refugio y descanso en medio del desierto.

Con el tiempo, muchos de esos caminos dejaron de utilizarse, pero aún permanecen visibles entre las piedras y los cerros. Son vestigios silenciosos de una época en que el intercambio comercial y cultural dependía del conocimiento del territorio y de la experiencia transmitida entre generaciones.





Las historias reunidas en este libro pertenecen a distintas personas, pero todas hablan del mismo territorio. Son recuerdos que cruzan generaciones y permiten comprender cómo se construyó la identidad de Ollagüe a partir del trabajo, la familia, las tradiciones y el profundo vínculo con la cordillera.



Hoy muchas de esas voces ya no están, otras continúan compartiendo sus experiencias y las nuevas generaciones comienzan a escribir sus propias páginas. Mientras existan personas dispuestas a recordar y transmitir estas historias, la memoria de Ollagüe seguirá viva, acompañando el paisaje que ha visto pasar siglos de vida en el altiplano.



Filial de
FREEPORT-MCMORAN



MEMORIAS DEL ALTIPLANO

